

Completando el puzzle

- CAPÍTULO 30 -



El lunes, ya de vuelta al trabajo, me encontraba despistada. La imagen de Macarena guiñándonos un ojo justo antes de cruzar la puerta de embarque venía a mi mente una y otra vez y no me dejaba concentrarme. Miraba a mis amigas de reojo y las veía igual de taciturnas. Si el trabajo de ese día dependía de las moscas pardas, nos iba a caer una buena bronca, de eso estaba segura. Finalmente, conseguimos terminarlo todo a duras penas y sólo 15 minutos después de nuestra hora de salida, así que recogimos nuestras cosas y salimos de la oficina.

—Menudo día de mierda—le dije a Lara, Celia y Manu cuando entramos en el ascensor. Roberto había tenido una reunión en las oficinas de un cliente a última hora e iría directamente a casa.

—Nos iremos acostumbrando, supongo—dijo Celia, triste.

—¿Vais a hacer algo ahora?—preguntó Lara mientras salíamos a la calle.

Levanté la mirada y vi a Lucas sentado en un escalón de la plaza de La Luna absorto en un libro. No se había enterado de que habíamos salido y sopesé la idea de irme sin que se diera cuenta. Desde que le había dicho que no estaba con Jairo, la tensión entre los dos aumentaba por momentos y no sabía cuánto tiempo iba a conseguir ignorarla. Pero a quién quería engañar, viéndole ahí, esperándome por sorpresa en la puerta de mi trabajo, sólo tenía ganas de recorrer las calles de Madrid a su lado.

—Pues parece que yo tengo plan—dije—. ¿Os importa?

—Que poca vergüenza, nos dejas por un hombre—dijo Lara mirándole también.

—Bueno, tú hay días que nos dejas por una mujer—apuntó Manu riéndose.

—Serás zorra—se rio Lara—. Pues por lista, nos invitas a unos vinos.

Nos acercamos las cuatro hasta donde estaba Lucas, que levantó la vista al notarse observado.

—¡Hola!—dijo con una sonrisa—. No me había dado cuenta de que ya habíais salido.

—Ya me he percatado. ¿Qué lees?

—Una novela negra que me tiene enganchadísimo. Además, estoy en esa parte en la que se precipitan todos los acontecimientos y no puedo parar de leer.

—Pues oye, sigue, sigue...

—Ni de coña. Venía a invitarte a algo, si no tienes otros planes...—dijo dubitativo al vernos allí a todas juntas.

—Uy, que va—dijo Celia—. Nosotras nos íbamos a tomar algo, pero Ana no está invitada.

Besaron a Lucas en la mejilla y se alejaron de allí dejándonos solos.

—¿Y dónde vamos?—pregunté.

—Pues vamos a dar un paseo por la Casa del Libro y luego nos tomamos algo, ¿te parece?

—¿Me invitarás a cenar después? Hoy te dejo elegir a ti—dije.

—Trato hecho. Además, ya sé el sitio al que te quiero llevar.

Fuimos a la Casa del Libro de Gran Vía, que no tiene tanto encanto como las librerías de viejo o los puestos de la Cuesta de Moyano, pero donde puedes encontrar cualquier cosa que estés buscando. ¿Poesía bielorrusa? Segunda planta, tercer pasillo. ¿Narrativa hispanoamericana del siglo XVIII? Primera planta, al fondo, la estantería de la derecha. Si te gustaba leer, sabes cuando entras, pero no cuando sales. Lucas fue directo a un chico que trabajaba ahí a hacerle una consulta y yo me perdí por los estantes de relato breve, buscando un libro de cuentos de Raymond Carver. Me abstraí mirando las portadas de todos sus libros hasta que encontré 'De qué hablamos cuando hablamos de amor', mi favorito. Me lo había leído hacía ya unos años, cuando me lo prestó

Sara, mi profesora de escritura creativa de aquella época, pero quería tenerlo para poder releerlo, porque su narrativa áspera me volvía loca.

—Ya he terminado, ¿tú vas a coger algo?—me sobresaltó la voz de Lucas.

—Sí, mira.

Le tendí el libro y lo ojeó.

—Había oído hablar de él, pero no he leído nada. ¿Qué tal es?

—Es muy particular, o le amas, o le odias. Si te quedas sólo en la superficie, parece que no cuenta mucho en cada relato, pero transmite tan bien el estilo de vida de sus personajes, sus sentimientos... que siempre te queda un sabor distinto en la boca cuando terminas. No puedes leerlo uno detrás de otro, tienes que reposarlo para poder sacarle todo el jugo.

Me sonrió.

—Me encanta cómo hablas de las cosas que te apasionan. Normalmente, cuando le preguntas a alguien por un autor o un libro se limitan a decirte: «Está bien». Pero tú te tomas ese tipo de preguntas en serio y diseccionas su prosa en un segundo.

—No sé si darte las gracias o enfadarme por llamarme pedante—contesté riéndome.

—No te he llamado pedante, petarda.

—Ya lo sé, es que no sabía qué contestar.

Salimos de la tienda con nuestras compras y fuimos a tomar algo a Casa Labra que, por ser lunes, no estaba demasiado lleno. Pedimos dos cervezas y bacalao rebozado, que ahí lo hacen de muerte.

—¿Cómo estás con la marcha de Maca? —me preguntó cuando ya estábamos apoyados en la barra con nuestras consumiciones.

—Es una sensación extraña. El fin de semana he estado muy triste pero hoy me da la impresión de que no es real, como si fuera a verla entrar por esa puerta de un momento a otro—dije intentando explicarme—. No sé, creo que tiene que pasar todavía un tiempo para que me haga a la idea.

—Es normal, supongo. Si no la veías todos los días, pasará un tiempo hasta que notes su ausencia de verdad.

—Nos escribió ayer para decirnos que había llegado bien, que la comida del avión era una mierda y que ya estaba instalada en un piso que parece la casa de los horrores. No puedo evitar imaginarme que lo va a pasar fatal allí y se va a volver en dos meses. Y, por un lado, me gustaría que ocurriese. Soy una mala persona—dije tapándome los ojos con una mano.

—No eres una mala persona, sólo eres una persona. Seguro que si le va bien te alegrarías por ella también, ¿no?

—Sí—contesté no muy convencida.

Lucas se rio y me abrazó.

—No estés tan blandita, anda—dijo—. Termínate eso que te voy a llevar a un sitio para que se te quiten las penas.

Salimos del bar y fuimos andando por la calle Arenal para torcer después en la calle de las Fuentes. Lucas se paró detrás de unas personas que estaban paradas en la acera.

—¿Esto es una cola? —pregunté.

—Efectivamente. Pero no te preocupes, que va rápido.

Intenté mirar dónde nos llevaba la fila, pero Lucas se puso delante de mí impidiendo que viese dónde íbamos. Como me había asegurado, en menos de 15 minutos nos encontramos en la puerta de un restaurante del que había oído hablar, pero al que no había ido nunca, Ramen Kagura.

—¿Me llevas a comer ramen? —pregunté ilusionada.

—No sólo te llevo a comer ramen, sino que te llevo a comer el mejor ramen del mundo mundial.

Nos acomodaron en una mesita pequeña del fondo. El local no tenía demasiado encanto, las mesas estaban muy juntas las unas a las otras y tenía demasiada luz, pero la promesa de una buena cena compensaba las pegas.

—Voy a pedir un Tonkotsu soja—dije relamiéndome—. ¿Y tú?

—Pues yo creo que hoy voy a innovar y voy a pedir un Tantanmen.

—¿Eso qué es?

—Es un ramen de temporada, tiene carne picada y por lo visto pica muchísimo.

—Lo que te gusta a ti un buen picante—dije recordando la última vez que habíamos cenado juntos.

—Pero hoy ya voy preparado, eso es lo que me faltó la última vez.

Pedimos la comida y unas cervezas japonesas de grifo para beber.

—Bueno, ¿y tú cómo estás? —pregunté cuando nos trajeron la bebida y le di un largo trago a mi cerveza.

—Pues muy bien. El otro día me llamó Javi.

—¿Sí? —dije cautelosa. Ese nombre no me traía buenos recuerdos.

—Ya me había llamado otras veces, no te creas, pero ayer por fin le cogí el teléfono. Me pidió perdón y me dijo que se había portado como un gilipollas, que estaba celoso. Cosa que yo ya sabía, por cierto.

—Pero fue él quien lo dejó, ¿no?

—Sí, pero supongo que pensaba que volvería corriendo con él a la menor oportunidad y cuando vio que no era así, le jodió. Creo que puedo empezar a perdonarle.

—Me alegro mucho—dije sinceramente—. No es que me caiga bien, pero entiendo que todos la podemos cagar a veces.

—Pues por eso le perdono. Me niego a pensar que una persona con la que he estado tantos años es un completo imbécil. Así que voy a darle una oportunidad.

Trajeron nuestra comida y comimos en silencio durante unos minutos. El sabor del caldo era espectacular y los fideos eran completamente distintos a todos los que había probado. Se notaba que era todo casero y el caldo tardaba horas en hacerse.

—Esto está bestial—dije—. ¿Cómo está el tuyo?

Lucas estaba sudando, pero no paraba de sorber de su cuenco.

—Pues está buenísimo, pero pica como si me estuviera comiendo una cayena.

Metí mi cuchara en su plato y lo probé. Picaba mucho, pero estaba espectacular.

—Casi diría que está más bueno que el mío, pero no sé si podría comerme un cuenco entero.

—Pues así estoy yo, pero no pienso dejar ni una gotita.

Llevaba unos minutos con una pregunta en la punta de la lengua, pero no me atrevía a formularla. Al final me armé de valor y la hice.

—¿Hablaste con Javi sobre mí? —pregunté a bocajarro.

Él levantó la mirada de su plato y sonrió.

—Sí, tu nombre salió a relucir en la conversación.

—¿Y de qué hablasteis? —pregunté ya sonriendo mientras tomaba la última cucharada de mi ramen y cogía la cerveza.

—Te lo cuento luego, así me aseguro tomarme la última contigo.

Pidió la cuenta y salimos a la calle riéndonos de todo y de todos. De nosotros los primeros, que dábamos vueltas en círculos para no admitir que nos moríamos de ganas. Bueno, para ser sincera, la que daba vueltas era yo, él era bastante sincero con sus intenciones, pero yo le paraba los pies, no sabía por qué. Para mantener el control, supongo. Desandábamos el camino hacia mi trabajo para tomarnos algo en La Realidad cuando noté cómo acariciaba distraídamente mi mano con sus dedos. De manera instintiva abrí los míos y unimos nuestras manos sin mencionar ni una palabra.

—Bueno, ¿me vas a contar ya qué hablasteis sobre mí o qué? —dije sin poder contenerme mientras nos sentábamos en unos sofás rojos del fondo del local.

Él me miró con tranquilidad e hizo un gesto al camarero para pedir nuestras consumiciones.

—Yo quiero un *bloody mary*—dije sin prestar demasiada atención.

—Yo quiero un *gin tonic*, por favor—dijo él sonriendo al camarero con educación.

—He sido un poco desagradable, ¿no? —dije cuando el camarero se fue a la barra.

—Un poco, pero seguro que sabrá perdonártelo. ¿Qué me preguntabas?

—Vas a hacerme sufrir, ¿verdad?

Lucas se rio.

—En realidad tampoco hablamos mucho. Me dijo que eras muy simpática y que, aunque no entendía cómo me sentía atraído por una mujer cuando siempre me habían gustado los hombres, al menos había elegido bien para cambiarme de acera.

—Pues cualquiera diría que le caía bien...—murmuré entre dientes.

—También me dijo que se portó como un auténtico imbécil contigo y que esperaba tener la oportunidad de pedirte disculpas en persona.

—¿Seguro que te dijo eso? ¿O estás intentando endulzar la conversación?

—pregunté escéptica.

—Seguro, Ana. Te aseguro que Javi es una buena persona, pero se le fue la pinza. Este Javi se parece más a la persona con la que estuve tantos años, el que me encontré hace unos meses era un completo extraño.

—¿Y tú crees que cuando nos encontramos en el bar él sabía quién era yo? Es algo que siempre me he preguntado.

—Él asegura que no, pero el caso es que yo le había enseñado una foto tuya, así que no me extrañaría que lo supiera pero ahora le da vergüenza confesarlo. Yo creo que el encontraros en ese bar sí fue casualidad y ya que estabais ahí, aprovechó la coyuntura. Pero es muy cabezón y no me lo dirá jamás.

—Bueno, tendré que vivir con la incertidumbre—dije.

El camarero vino con nuestras consumiciones y esta vez le miré a los ojos y le di las gracias con una sonrisa de oreja a oreja.

—Que rico está el *bloody mary*—dije relamiéndome después de probarlo.

Lucas me robó la copa y la probó el también.

—Pica un poco—dijo paladeando.

—¡Ahora te va a echar atrás un poco de pimienta! —contesté riéndome.

—Bueno, ¿y tú cómo estás con todo lo de Jairo? —me preguntó acariciando mi mano con uno de sus largos dedos por encima de la mesa.

—Pues bien—contesté—. Jairo es una persona increíble, pero no era para mí. Al menos no en este momento. Así que me dio un poco de pena, pero no ha habido demasiado duelo.

—¿Y por qué no era el momento? —Lucas se mordió el labio inferior y yo me quedé absorta mirándole.

—Lucas, ya lo sabes—dije unos segundos después.

—Yo sólo sé lo que tú me dices. No tengo por qué desconfiar.

Me tapé la cara con ambas manos repitiéndome a mí misma que no debía hacer lo que estaba a punto de hacer, pero es que ya no recordaba qué razones tenía para no hacerlo. Le miré entre mis dedos y, sin pensarlo demasiado, cogí su cara entre mis manos y la acerqué a mí para estamparle un beso en los labios quizá con más fuerza de lo normal. Cuando me retiré jadeante, él acercó despacio su silla a la mía, acarició mi mejilla y acercó sus labios a los míos con exasperante lentitud atrapando mi labio superior entre los suyos. Cerré los ojos y disfruté de la sensación de su lengua lamiendo mi boca hasta que la abrí y comenzó el baile de lenguas y saliva. Se me había olvidado lo que me gustaba ese sabor. Cuando nos apartamos, años después, él cogió su bebida y le dio un largo trago. Yo hice lo propio sin apartar los ojos de él.

—¿Y ahora, qué? —preguntó.

—No lo sé, Lucas. Ahora mismo mis hormonas no me dejan acordarme de por qué quería darme un tiempo para estar sola, pero si lo pensé en un momento de cordura, sería por algo.

—¿Eso significa que no quieres estar conmigo? —dijo frunciendo el ceño.

—Eso significa que quiero hacer las cosas bien. O por lo menos despacio. Vamos a ver a dónde nos lleva esto—dije.

—Estoy dispuesto a descubrirlo.

Y me pareció la frase más prometedora del mundo.

Sígueme en redes sociales (a veces no publicaré mucho, pero contestar, contesto siempre):

Facebook: <https://www.facebook.com/saraflamencoescritora/>

Twitter: @SMFlamenco

Instagram: @saraflamenco

Web: <http://saraflamenco.com/>